

EDUARDO MONREAL M.

“Sobre la Educación Musical”⁽¹⁾

“La música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu”.

Cervantes

1. Desconocimiento de la música: otra forma de analfabetismo

Tener en las manos un texto en caracteres exóticos (un periódico chino o japonés, por ejemplo), nos dará la dimensión de nuestras limitaciones culturales o nos dejará indiferentes (según nuestro grado de inquietud por las cosas del mundo y del hombre) pero, en fin, ello es justificable en todo caso, puesto que el conocimiento de nuestra lengua materna lo adquirimos en forma natural (esto es, sin esfuerzos especiales) y es probable que sepamos otros idiomas cercanos al nuestro, uno o varios, adquiri-

(1) Siendo la "Música Juvenil" una de las Areas de Desarrollo Prioritario de la Universidad de La Serena, he creído oportuno entregar estas reflexiones, no como verdades científicas demostradas, sino como simples opiniones, -"doxa", con el objeto de contribuir a despertar un diálogo sobre la materia. E.M.

dos según nuestras necesidades o inquietudes. Pero si el texto que tenemos entre manos es la partitura de algún concierto y no podemos desentrañar su misterio, entonces, somos analfabetos... porque no sabemos leer ni escribir el "idioma universal" de la música. Esto no es ni siquiera una metáfora; es la simple constatación de la realidad de un vacío cultural que, más que soslayar, subestimamos. Mi afirmación creo que no necesita mayores comentarios.

2. Falta de cultura musical: mutilación del espíritu

Ahora, ya sin pretender un dominio de la técnica (teoría y solfeo), sino desde el punto de vista de la cultura musical (entendida como conocimiento, valoración, capacidad de discriminación, etc.), nuestras carencias, en general, no son menores que en el punto primero; y, por otra parte, las distorsiones son superlativas. También el tratamiento de estas materias es un poco displicente y se suele argumentar que, en el orden de prioridades de enseñanzas utilitarias para la vida o "productivas" (como excluyentemente las suelen llamar), la cultura musical podría "agregarse", si cabe; o si no... pareciera que pocos lo lamentan. Pero en la formación del espíritu del hombre, que en su proceso de ser, tiende naturalmente hacia la integración en la armonía, se produce una mutilación; algo queda truncado... Y esta es otra constatación evidente que tampoco necesita mayores comentarios por el momento.

3. La sensibilidad, factor de la calidad del hombre

La dimensión cualitativa en la formación de "hombres mejores", está en permanente lucha con los aspectos cuantitativos, sobre todo como consecuencia de la revolución científico-tecnológica (frase que se estila mucho como excusa de grandes barbaridades), y también, a propósito de las necesidades del desarrollo (otra frase del mismo costal). Sin embargo, en este aspecto parece haber una más extendida conciencia, aunque no sé si las advertencias surtirán efecto o se escucharán como la música que a veces gusta, pero a la que no se atiende porque estamos ocupados en cosas más importantes. Hay que decir, no obstante, que la calidad humana no está en la suma de contenidos prácticos, técnicos, científicos o eruditos (incluyendo enciclopédicos conocimientos musicales, si se diera el caso); sino en ciertas fibras del ser; en ciertas cuerdas sensibles capaces de vibrar a la más mínima impresión; aquello por lo cual nos maravilla una flor o "nos llega al alma" una melodía... Pero ocurre que se están cortando los hilos que, precisamente, conducen todas esas impresiones al

alma. Si hasta pareciera que se estuviese desarrollando en las nuevas generaciones una especie de vergüenza de mostrar la propia sensibilidad. Y que la calidad humana se resiente, en consecuencia, es una tercera afirmación evidente...

4. El adelanto tecnológico y el retroceso espiritual

Imaginemos el escenario dispuesto para un drama cibernético: por un lado entran legiones de receptores de radio seguidos de aparatos de televisión mientras, por el otro, se batan en retirada los pianos derrotados. En efecto, hace apenas poco más de una generación, la música había que "hacérsela en casa"; era normal que en toda familia que se respetara, más de alguno de sus miembros (cuando no todos) podían tocar algún instrumento (el piano era universal), leer partituras e incluso componer melodías. Es decir, la música formaba parte de los quehaceres culturales habituales de cualquier persona término medio; hasta que, contrariamente a lo que hubiera podido esperarse, la llegada de la radio, los discos, cassettes y la televisión, incluso, en vez de contribuir a una mayor difusión del arte, han servido de vehículo a toda clase de vulgaridades, reemplazando, de paso, la necesidad de hacerse cada cual la música que le fuere necesaria. En este último sentido, se ha dado el caso de una capacidad atrofiada por desuso, como lo es la de hacer música, relegada ahora a los extremos, ya sea del snob o del refinamiento del ocio, o bien, al de la vulgaridad o al mundo op o pop, entre nebulosas de marihuana y chillidos de admiradoras de algún cantante con guitarra eléctrica y gestos demenciales. En este mundo estamos.

5. El ritmo y el desarrollo de la capacidad creadora

El ritmo nace por el deseo innato en la mente humana, de encontrar un orden en todo cuanto percibe; pudiera decirse que es como el sentido de las "regularidades" de la existencia, que obliga a repetir para perpetuar, lo cual, inmediatamente nos conduce como a dos vías posibles: la "creatividad" o la "regresión". Es decir, que a partir de un zapateo en el suelo se puede evolucionar hasta las excelsitudes del ballet más exquisito o involucionar hasta un chivateo tribal o un ataque de histeria. Del mismo modo, partiendo de golpear dos piedrecitas con la mano, se puede evolucionar por todos los grados de la expresividad creativa y de la comunicación o se puede involucionar hasta una pelea de muchachos de barrio o hasta la Tercera Guerra Mundial. De manera que al "ritmo" habría que

concederle alguna importancia en la educación ¿verdad? Y por esa misma importancia, salvar a la niñez y a la adolescencia de nuestros países de ciertas influencias perniciosas...

El ritmo es, pues, un fenómeno que tiene su personalidad: si no lo dominamos, nos apresa. Para sacar el mayor partido en cuanto a potencialidad creadora, tenemos que dominarlo y recrearlo. Caso contrario, nos poseerá como efectivamente ocurre cuando ciertos danzantes caen en estado de "trance", poseídos por ritmos frenéticos, en aceleraciones crecientes y que son utilizados como vehículos útiles para cualquier superchería. Es decir, el ritmo, en este caso, es la herramienta para enajenar los espíritus. Y así, cualquier ritmo enervante deja a los adeptos a merced de los iniciados. En musicología se habla de "obstinatos" rítmicos y en psicología, tal vez, de "reflejos condicionados"; (recuérdese los estímulos sonoros con que reaccionan los animales amaestrados: los efectos especiales que condicionan actitudes esperadas en ceremonias solemnes; los estados de éxtasis "preparados" en actos litúrgicos; la exaltación de los ritmos marciales; la expectativa de desenlace que puede producirse artificialmente por medio de un ritmo in crescendo que crea clima de suspenso, etc.).

El orden de la existencia, simbolizado en el ritmo bajo el dominio del hombre -y no al revés-, se refleja en las creaciones artísticas, como por ejemplo en la danza: regulando el movimiento; en la poesía: por medio de la regulación de los acentos; en música: agrupando sistemáticamente sonidos sucesivos; en dibujo, pintura y otros, por el tratamiento de la forma y el color; etc.

El ritmo no necesariamente se expresa por medio de sonidos; sin embargo, siendo ese su punto de partida, no está demás insistir en la importancia de un tratamiento adecuado del fenómeno en la edad en que más espontáneamente se manifiesta. El desarrollo de la vida de un hombre es como el desarrollo de toda la historia humana; y así tenemos, en el principio de los tiempos (o de los tiempos de cada pueblo), unas manifestaciones rítmicas que ponen de manifiesto el carácter evidentemente iniciático -en todo sentido- del fenómeno. Y así también, en los niños, espontáneamente surge la necesidad de dar cauce a la expresión rítmica; de ahí la responsabilidad de padres, maestros, agentes de comunicación y autoridades, de velar porque frente a las alternativas de "creatividad" o "regresión", se eliminen los factores conducentes a un renacimiento del "primitivismo atávico" -por eso mismo capaz de renacer siempre que se le alla-

ne el camino- peligro permanente; y, por otro lado, se estimule el factor de creación, iniciativa, audacia, imaginación...

El hombre poseído por el ritmo está como metido en una cámara que condiciona sus reacciones; (recuérdese las "discotheques", boites, dancings, salones de baile o como se llamen, ideadas a partir del modelo de las cajas de ratas de Skinner, basándose en lo que el hombre tiene de ratón). Dan perfectamente los resultados que se esperan. Pero, al revés, cuando es el hombre quien domina el ritmo; cuando se ha logrado llevar el ritmo hasta dentro de sí, entonces, se dice que hay "ritmo interior". Y el ritmo interior es el exacto pulso del equilibrio espiritual del hombre.

La realidad total es el mundo

Nosotros tenemos imágenes de los hechos.

La imagen es un modelo de la realidad.

La imagen lógica de los hechos es la idea.

Se dice que "algo es imaginable", es decir,
que nos podemos hacer una idea de ello.

La totalidad de las ideas verdaderas
es una imagen del mundo.

LUDWIG WITTGENSTEIN